

La empresa social como solución

Lic. Laura Patricia López Navarro
Pastoral del Trabajo

Los desafíos del mundo contemporáneo

Vivimos en un mundo de profundos cambios y de mayor complejidad en todos los ámbitos. Por lo tanto, las soluciones a nuestras distintas problemáticas no son sencillas, empezando por la de la subsistencia.

Las sombras en el mundo del trabajo deben interpelar nuestra sensibilidad cristiana. “Empezamos este nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana” (Juan Pablo II, *Al inicio del Nuevo Milenio* No. 50)

En esa dinámica económica individualista y en la que se excluye a las personas que no son “productivas” o no “funcionan” ante las exigencias del mercado, fácilmente podemos identificar a los discapacitados, a los mayores de 35 años, a las mujeres embarazadas, a las jefas de familia, a algunos enfermos con posibilidades de laborar, etc.

Nuevas formas de solidaridad

Ante esta realidad, la Iglesia se siente llamada a imaginar y construir nuevas formas de solidaridad y dar respuestas desde la fe a los problemas que nos aquejan. La Iglesia, Madre y Maestra de los hombres, está convencida de que “a través del trabajo deben multiplicarse sobre la tierra no sólo los frutos de nuestro esfuerzo, sino además la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad” (*Laborem Exercens* 27).

El Magisterio de la Iglesia nos enseña que la solidaridad es una virtud fundamental cristiana, que consiste en la capacidad de responder por el otro en necesidad y de responderle de manera efectiva. La solidaridad implica reconocernos unos a otros como personas e imágenes vivas de Dios Padre. Es una invitación a compartir y aportar nuestros bienes materiales y espirituales para que la persona se desarrolle.

La Pastoral del Trabajo diocesana

Una de nuestras preocupaciones en la Pastoral del Trabajo (Arquidiócesis de Guadalajara), ha sido la de promover la solidaridad con y entre la población más vulnerable, que no cuenta con un empleo digno para satisfacer sus necesidades más elementales y de esta manera, desde hace tres años y medio, hemos emprendido una experiencia concreta de apoyo a la creación de microempresas en la Parroquia de Santa Elena de la Cruz.

Esta labor ha consistido en animar la solidaridad de las personas para que cada uno ponga lo que tiene (conocimientos, creatividad, habilidades, iniciativa, recursos económicos, etc.) a favor de la creación de proyectos económicos.

Dentro de los logros obtenidos podemos señalar que hasta el momento se han apoyado poco más de 32 proyectos productivos, algunos de ellos los podemos considerar como exitosos y se han logrado generar alrededor de 200 fuentes de empleo.

Los obstáculos

Cabe señalar que la tarea no ha sido fácil y también nos hemos encontrado con grandes obstáculos entre ellos; y quizá los más significativos, han sido los del individualismo y la falta de una mentalidad emprendedora.

Con estos obstáculos, pero también con estos modestos frutos, queremos dar un siguiente paso y es el de proponerle a nuestras comunidades y al mundo de la economía, la creación de empresas sociales que se preocupen por producir aquello que satisfaga las necesidades fundamentales de la gente y aquello que posibilite una vida digna para todos.

Las empresas sociales

Las empresas sociales son empresas donde se busca producir, trabajar y compartir con creatividad. Para las empresas sociales la vida plena significa el objetivo a alcanzar. Por eso, en las empresas sociales el trabajo es cooperativo y la economía es solidaria.

En ese sentido, la economía solidaria debe apostarle a:

- Producir satisfactores necesarios
- Recuperar los saberes colectivos
- Respetar el medio ambiente
- Estimular la creatividad
- Intercambiar no sólo productos, sino también experiencias
- Distribuir equitativamente el producto
- Un comercio que cree relaciones de apoyo entre comunidades y no un mercado de competencia.

La empresa social considera al ser humano:

- En su integridad y en su constante proceso para convertirse en sujeto
- Que busca la obtención de satisfactores a partir de sus necesidades en todos los ámbitos de la vida
- Que necesita la solidaridad y oportunidades para llegar a ser plenamente persona social.

Considera a la actividad empresarial:

- Como un elemento para generar experiencias populares de organización, auto-gestitas y autónomas.
- Como un mecanismo de producción y distribución que beneficie al conjunto de la comunidad.
- Como una participación social en la producción, con la perspectiva de que el trabajo es una actividad creativa y recreativa (no un empleo).
- Como un elemento para restaurar el tejido social, mediante la propuesta económica solidaria.

Entre el sudor y la savia

Francisco Álvarez

"Trabaja - decía el abuelo a su nieto, siempre tan atareado -,
trabaja, si quieres, de la mañana a la noche,
pero como quien le hace una casita a su niño o busca una flor silvestre para su amada".
En ese sorbo de sabiduría se insinúa algo que todos,
de un modo o de otro, experimentamos como "trabajadores".
Fuimos, como el pan, amasados en el gozo del grano de trigo
surgido humilde y victorioso de la tierra,
como el pan cocido al calor del fuego y de la intimidad compartida.
Gotas de sudor nos fecundaron y dieron vida por dentro, y, desde entonces,
quedamos marcados para siempre por el regalo de nacer y por la aventura de vivir.
Alfareros de nuestro propio barro, tan pegado a la tierra y tan nostálgico del cielo,
hemos de darnos forma y figura: ni de ángeles ni de bestias. Todo por inventar...
Tejedores de nuestra propia historia, de un relato por decirse,
hemos de manejar con arte la lanzadera sin dejar cabos sueltos,
sin que nos enmarañen hilos invisibles... Todo por hacer...
Constructores, albañiles, arquitectos... de nuestra propia casa,
la de los sueños y de las pesadillas, de la intimidad y de la rutina,
del encuentro y de la distancia...
Habitantes de pueblos y ciudades,
empeñados en abatir barreras o en levantar vallas y murallas,
en compartir el pan amasado con fatiga o en almacenar el robado con astucia...
Habitantes que, como hormigas laboriosas, mínimas e inquietas,
van y vienen en la porfía de vivir y de hacer vivir,
y en la contumacia de olvidar a quienes malviven.
Habitantes, constructores de la ciudad de la alegría,
conquistadores de las tierras rescatadas del desierto amenazador,
y, también, depredadores, esquiladores, contaminadores...
Acompañantes discretos, incluso invisibles,
de todos aquellos a quienes les pesa en demasía la realidad,
y se quedan en los bordes del camino,
y van agobiados por el camino largo de la soledad impuesta.
Acompañantes, cuyo oficio consiste en aunar la vida y alargar la esperanza,
en verter dos gotas del propio sudor en las heridas ajenas.
Amigos de la vida, que curan y cuidan, atienden y alivian, que,
de manos de la ciencia y de la ternura, penetran en la corriente viva de la vida,
en los penúltimos secretos de nuestra extraña biología
y en el tabernáculo y en la fragua de nuestro corazón,
Entre el sudor y la savia.
Así es la tarea y el trabajo de vivir y hacer vivir.
No hay mejor oficio que apuntarse, con el propio sudor, a ser como la savia.
No se ve. Pero sin ella se muere.
No hay mejor trabajo que el de enrolarse a diario en esa fuerza misteriosa y real,
que aún sostiene a la humanidad la apuesta por la Vida...
Como quien le hace la casita a su niño o busca la flor silvestre para su amada...